

Aguas aéreas

Carta a Helmut Jacobs

David Huerta

En 2012, la colección universitaria Voz Viva de México puso en circulación un disco compacto (CD): *Perro de Goya*, titulado así por una de las composiciones grabadas en él. Contiene un puñado de poemas leídos por su autor —*yours truly*— y presentados por el poeta Emiliano Álvarez, filólogo y editor.

La portada del disco-libro no luce, sin embargo, como uno esperaría, la imagen del perro pintado por Francisco de Goya y Lucientes (1746-1828), un extraordinario y conmovedor can semihundido en brumas amarillentas; el Museo del Prado, dueño del cuadro, no dio el permiso para reproducirlo. Es una lástima.

Los diseñadores de la Universidad Nacional Autónoma de México hicieron un esfuerzo admirable para presentar dignamente ese libro-disco, producido con gran profesionalismo por Carola Domínguez; en la portada luce, entonces, un perro ejecutado por esos compañeros, a quienes agradecemos su trabajo —tanto como lamentamos la decisión del Museo del Prado para impedir la reproducción de la obra de Goya.

El poema “Perro de Goya” despertó el interés de un investigador alemán: el profesor Helmut Jacobs, experto en esa forma *intermedial* de la cultura llamada *écfasis* (o *ecfrasis*), es decir: la representación verbal, escrita, de una representación visual. Dicho en términos concretos, a ras de tierra: poemas inspirados en cuadros de la pintura universal. O bien inspirados en obras plásticas de todos los órdenes: esculturas, grabados, dibujos, cerámica, sellos, medallas, monedas.

Uno de los pasajes sublimes de la poesía *ecfrástica* (o *ecfrástica*) es la descripción del escudo de Aquiles en la *Ilíada*; con una peculiaridad notable: la descripción corres-



Francisco de Goya, *Perro semihundido*, 1823

ponde punto por punto a un objeto fabuloso o fantástico. Muchísimos poetas de nuestra lengua han escrito sobre cuadros, pero solamente unos pocos, como Manuel Machado y Rafael Alberti —entre otros—, le han dedicado conscientemente una porción considerable de sus escrituras poéticas a la pintura.

“Perro de Goya” se inscribe como buenamente puede en esa noble tradición. Es un poema en el cual hay un puñado de referencias diversas, tanto a fenómenos de la cultura artística cuanto a otros hechos, presencias, discursos y acontecimientos.

Quizá no sea del todo ocioso aclarar esas referencias, despejarlas, ayudar a entenderlas, por si algún distraído lector se acerca a esos versos o a la escucha del poema en el disco de la UNAM. Para eso he preparado esta carta al profesor Helmut Jacobs, transcrita a continuación:

Muy estimado profesor Helmut Jacobs: En estos renglones encontrará usted algunas noticias acerca de “Perro de Goya”.

El poema tiene 71 versos, en los cuales usted ha tenido la gentileza de buscar y en -

contrar algunas fuentes: la probable fecha del discurso de José Revueltas a los perros del Parque Hundido: 1959 o 1960; la referencia intertextual a un soneto de Miguel Hernández (1910-1942), “Umbrío por la pena, casi bruno” (publicado en *El rayo que no cesa*, 1934-1935), en cuyo segundo cuarteto se lee lo siguiente:

Sobre la pena duermo solo y uno,
pena es mi paz y pena mi batalla,
perro que ni me deja ni se calla,
siempre a su dueño fiel, pero importuno.

En el poema, dice usted con acierto, “la estrella Sirio” del verso 57 era llamada la Estrella del Perro o Canícula; con esta palabra, eran llamados en la antigüedad los días calurosos del verano. (En inglés la canícula se llama con la frase o fórmula “*dog days*”). La leí no hace muchos años al principio de un libro de W. G. Sebald, en traducción al inglés).

Le agradezco, profesor Jacobs, la noticia sobre una traducción al italiano de O. Henry (1862-1910) hecha, ¡nada menos!, por el genial Giorgio Manganelli (1922-1990): un puñado de cuentos con el título de *Memorie di un cane giallo e altri racconti* (Memorias de un perro amarillo y otros cuentos), en donde se recoge la pieza titulada “*Memories of a Yellow Dog*”. El *nom de plume* “O. Henry” fue escogido, para la gloria y la posteridad, por el escritor norteamericano William Sidney Porter (1862-1910). Pero estos perros amarillos, como amarillo es el perro del pintor español y del módico poema mexicano, no provienen de O. Henry ni de su traductor italiano, Manganelli, escritor visionario: esos perros amarillos, *cani gialli*, eran invocados por Mireya Bravo, mi madre, cuando nos enterábamos

de alguien a quien le iba de veras mal en la vida: “Tiene suerte de perro amarillo”, decía mi madre, y nos hacía ver cómo esos perros vagabundos y míseros de la ciudad padecían incontables penurias. Nunca lo he olvidado y siempre saludo solidariamente a esos compañeros heroicos, cabizbajos y de mirada infinitamente triste. ¡Cuántas cosas podrían decirse de sus costillares a flor de piel, sus colas peladas, su anemia y el envoltorio de sus mugres diversas! Suerte de perro amarillo, entonces. He aquí uno de los puntos de partida del poema canino y pictórico.

En los primeros versos del poema “Perro de Goya” hay invocaciones bíblicas: al Eclesiastés, libro sapiencial del Antiguo Testamento, llamado en la Biblia de King James *Revelations*, como se recuerda en el verso 4.

Los gatunos ángeles y arcángeles de los versos 4 y 5 están inspirados en una comparación maravillosa hecha por el poeta inglés Christopher Smart (1722-1771) en el poema dedicado a su gato Jeffry:

*For he is of the tribe of Tiger.
For the Cherub Cat is a term of the Angel
[Tiger.*

La nota de la *Norton Anthology* es preciosa: “*As a cherub is a small angel, so a cat is a small tiger*”. Si el tigre es un ángel; entonces el gato es un querubín. En otro verso del poema, Smart reescribe el Antiguo Testamento: habla de las órdenes del Señor a Moisés, “*concerning the cats*”, en la hora decisiva del exilio de los Hijos de Israel —la partida de Egipto. No hay tal cosa en la Biblia; pero ahí está, en ese poema de uno de los ailurófilos más simpáticos de la historia —y además, un poeta de primera línea: el poema al gato Jeffry puede conmover aun a esas extrañas personas entregadas con pasión al odio a los gatos. Los versos de Smart, sellados por un noble horacianismo, son tesoros de la lengua inglesa del siglo XVIII, como lo es su poesía de tema religioso (“*A Song to David*”).

Christopher Smart fue una figura conmovedoramente patética. Poeta notable, tenía “suerte de perro amarillo”, en verdad —sigo aquí las noticias de la *Norton Anthology* en su séptima edición.

A los 34 años de edad (*nel mezzo del cammin*), luego de una brillante carrera académica en Cambridge y de darse a conocer como poeta y *bon vivant*, a Smart lo acometió una especie de frenesí religioso. Nada tendría de extraño, como no sea por la forma de su devoción: en público, arrojándose en cualquier sitio. Pronto fue internado en un manicomio y comenzó su declive; murió en una prisión para endeudados. En el siglo XIX su poesía fue redescubierta y revalorada. Los perros amarillos tienen algo arcangélico, celestial.

Uno de mis escritores favoritos es el argentino Tomás Eloy Martínez. Leo en su novela *La mano del amo* (1991) estas palabras, alusivas al carácter celestial de los gatos:

Madre era aficionada a los escritos de Swedenborg, y había leído en el *Diario espiritual* que a veces los ángeles toman forma de gatos. “Es una estupidez”, le decía Padre. “No hay animales de cuatro patas en el cielo”. “Hay gatos”, insistía Madre.

Los versos 11 y 12 aluden directamente a los más célebres grabados de Goya. El verso 13 dice así: [*el perro de Goya ha visto*] “extraños frutos en los árboles”. La frase tiene lo suyo, según yo: ¿extraños frutos? Son los cadáveres de los negros colgados de altos árboles por los salvajes racistas del sur de los Estados Unidos en el siglo XIX (también en el XX han cometido crímenes, cómo no), y luego quemados en hogueras infames. La frase *strange fruit* le dio título a una canción interpretada por Billie Holiday, muy impresionante, una especie de sombrío *spiritual*. Así, junto a los goyescos desastres de la guerra y los caprichos, el perro amarillo ha presenciado las ejecuciones del Ku Klux Klan en las regiones abiertamente esclavistas del continente americano.

Del 15 al 20, los versos del poema hablan de criaturas fabulosas, míticas: el Kraken, el Unicornio. La frase “ejército industrial de reserva” del verso 20 es una intempestiva pincelada marxista.

En la zona del poema del verso 21 al verso 29, no hay gran cosa por aclarar. Hay guerras napoleónicas y una muy tenue alusión a los fusilamientos del 3 de mayo pintados por Goya. Tenía yo presentes las palabras de Roberto Calasso en *La ruina de*

Kasch sobre la sublevación de las etnias resistentes a la invasión española de las tropas de Napoleón; pero en realidad no abordé ese tema.

En los versos 30 a 41 tampoco hace falta ningún esclarecimiento. Aparece la palabra “canícula” en el verso 32 y la equivalencia del verbo “ladrar” con el verbo “latir” (“y ladras o lates con furia digna de un dragón”: verso 39), utilizado por Luis de Góngora en algunos pasajes de su obra poética.

A continuación aparece el discurso de José Revueltas a los perros del Parque Hundido de la Ciudad de México, en el barrio de Mixcoac, es decir: la parte de la metrópoli moderna donde creció Octavio Paz, contemporáneo de Revueltas, a quien el poeta y Premio Nobel visitó en la cárcel de Lecumberri cuando el novelista fue puesto ahí por el gobierno a raíz del Movimiento Estudiantil de 1968. El parque tiene ese nombre popular, Parque Hundido, pues, en efecto, es una amplia hondonada llena de árboles, senderos, bancas y juegos infantiles; su nombre oficial es de poeta: Luis G. Urbina, poeta modernista.

El origen de la hondonada es curioso: de ese lugar se extrajeron materiales para las primeras edificaciones de la Colonia del Valle. Octavio Paz habla de esos paisajes tal y como se veían en su infancia, en años en los cuales esa parte del Valle de México no era propiamente parte de la ciudad: el curioso lector puede consultar con provecho el poema en prosa de Paz titulado “Llano”, del hermoso libro *¿Águila o Sol?*, ilustrado por Rufino Tamayo —más éfrasis, naturalmente.

En la vecindad del Parque Hundido hubo hace muchos años un bar o cantina llamada “Los Pinos”; acaso José Revueltas la conocía y solamente debió de atravesar la calle “Coronel Porfirio Díaz” para adentrarse en el Parque Hundido desde “Los Pinos”, para encontrarse con esa porción amarilla y perruna del ejército industrial de reserva.

Usted, profesor Helmut Jacobs, ha visto bien el perro de Goya tal como aparece en ese poema mexicano. Por eso lo llama “un ser que sabe predecir el futuro, un perro visionario que observa los acontecimientos de su época”. Un perro visionario: exactamente. **U**